

Jorge Salessi, *Médicos maleantes y maricas. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la nación Argentina. (Buenos Aires: 1871-1914)*

Rosario, Beatriz Viterbo Editora, Biblioteca Estudios Culturales, 1995, 413 páginas.

La metáfora del país-cuerpo, que ya había aparecido en la escritura de Sarmiento en la primera mitad del siglo XIX, se vuelve hegemónica a partir de 1871, cuando se declara en la ciudad de Buenos Aires la epidemia de fiebre amarilla. Durante el período de la organización nacional liberal y una vez apaciguados los enfrentamientos internos (que Sarmiento había representado mediante la fórmula “civilización y barbarie”, ahora en desuso) los médicos higienistas llevaron adelante un proyecto de salubricación cuyos intereses fueron presentados como patrióticos, humanistas y no partidarios. Este proyecto, que en 1871 invocó como fuente de legitimación a una opinión pública ansiosa de medidas de defensa contra la “anarquía sanitaria”, mostró una gran estabilidad ideológica que se afirmó durante varios gobiernos nacionales y se transformó en tecnología política de la nación, organizando en primer lugar, formas de control de flujos (de personas y capitales según el modelo inglés de circulación) dentro y fuera del país (y de la ciudad de Buenos Aires como representación metonímica del país-cuerpo a partir de la Ley de capitalización en 1880). En segundo lugar, el higienismo como disciplina delimitó las categorías identitarias nacionales con que se formaba —en escuelas y cuarteles— al nuevo sujeto argentino.

Con categorías foucaultianas Salessi estudia el modo en que esta disciplina interviene, desde los espacios del Estado, formulando dispositivos para extender el poder central, y describe las tecnologías totalizantes e individualizantes como ambos rostros de una misma racionalidad política.

Uno de los objetos centrales del análisis es la “puesta en obra” de la experiencia científica, el registro de la escritura como dimensión fundante del nuevo saber sobre la sociedad. El libro muestra cómo el higienismo se afirma mediante un mecanismo muy coherente cuyo lugar de despliegue es la producción textual. El médico José Ingenieros y el policía Ramón Falcón, por ejemplo, diseñan en sus escritos el tipo del “anarquista prostibulario”, articulando significados políticos y morales que resumían los temores de la burguesía de principios de siglo. La escritura prolífica de Wilde, Ramos Mejía, de Veyga, la edición de revistas especializadas en el país y en Europa, la traducción de los trabajos al francés y la divulgación de folletos, muestran toda una estrategia de circulación de discursos médicos y criminológicos para la promoción de una política, además de sustentar, en el país y en el exterior, la legitimidad científica de estos profesionales de la nacionalidad.

El libro realiza un estudio detallado de los usos que estos médicos hacen tanto de la escritura propia como de la ajena. La reedición en 1894 del “Diario” de Mardoqueo Navarro, sobreviviente de la fiebre amarilla, sirvió a los editores de los *Anales del Departamento Nacional de Higiene* para promocionar y popularizar la disciplina y sus autoridades, representadas como neutrales y democráticas. La Comisión Defensora de la Salud formada por médicos higienistas en 1871 y enfrentada a la ineficiencia de las autoridades de entonces, aparece representada en el texto de Navarro como “expresión del pueblo” por medio de una retórica fundacional y revolucionaria (“proclamas”, “el presidente huye”, “la nación grita revolución”) que Salessi nombra como la “Invención en 1894 de una revolución de 1810 en 1871”.

En 1871 Juan María Gutiérrez, Rector de la Universidad de Buenos Aires, realiza la primera edición de *El Matadero* de Esteban Echeverría, escrito treinta y dos años antes. Salessi señala el peso que adquiere la publicación en el contexto cultural de la fiebre amarilla: toda la primera parte del relato, señalada habitualmente por la crítica como desarticulada y de cierta vacilación formal, resulta imprescindible en 1871: la inundación de la ciudad de Buenos Aires por inversión de los flujos “normales” del río (la falta de separación entre aguas potables y servidas, entre cuerpos de personas y animales, entre vivos y muertos, convocada a la imaginación por la lectura a fines de siglo), articula las nociones de barbarie, insalubridad y confusión sexual que provoca, en ese contexto de lectura, la ansiedad de categorizaciones identitarias. La figura de la transgresión sexual o genérica usada tanto por los federales (“sodomitas”) como por los unitarios (“maricones”) para estigmatizar al enemigo, refuerza la ambigüedad provocada por ciertas escenas de *El Matadero*: la representación de la masculinidad oscila entre el héroe unitario que muere ante la sola posibilidad de confusión de su género y los federales “violadores de la civilización” y representados por la mazorca, cuyo simbolismo sexual abunda en el folklore popular rosista. Salessi lee en esta primera publicación de *El Matadero* una advertencia contra la

proliferación de “las cosas de género dudoso”, algunas de las cuales los higienistas intentaron conjurar mediante el ordenamiento taxonómico de invertidos, pederastas activos y pasivos, uranistas, fetiquistas, homosexuales, del tercer sexo, maricas y maricones.

La ambivalencia, parece decir Salessi, no es sólo el objeto de estudio que los científicos criminalizaron mediante un cohesionado cuerpo discursivo, sino también un sustrato “imposible” (de ser dominado) ya que desborda en el propio discurso científico las categorías que pretende constatar. La falta de puntuación del título (Médicos maleantes y maricas) —aunque no explicitada por Salessi— se hace significativa en varias referencias del texto: la caracterización del Director Nacional de Higiene, Ramos Mejía, como “sociólogo seducido por su objeto de estudio”, “hombre de ciencia enamorado de su sujeto” en la descripción de las multitudes, caracterizadas como femeninas pero transformadas, durante las invasiones inglesas, en un pueblo varonil y adolescente “de físico exuberante y erotismo bélico”.

La ambivalencia persistente, acallada sólo en parte por el intento ordenador de los hombres de ciencia, existía también en variadas formas de la cultura popular. Hasta 1910, antes de la nacionalización del tango, que implicó al canonización en los salones de Europa y su adopción como baile de salón en la Argentina, la música prohibida era bailada casi exclusivamente por parejas masculinas y sus movimientos —dice Salessi— daban lugar a un eros lábil entremezclado y confuso de fuerte connotación homoerótica.

La producción textual de los higienistas, con la escritura de “casos”, fue además el lugar que registró las resistencias a la racionalidad hegemónica: toda una comunidad de “invertidos” florecía con la visibilidad que le daban los estudios y publicaciones. El discurso de los homosexuales, sus voces, historias, y delirios —dice Salessi— se abrieron paso en los textos de los médicos, y desde adentro, infiltrados, socavaron a veces el discurso científico. Tal es el caso de “La bella Otero”, la autobiografía de un “invertido” publicada por el médico Francisco de Veyga en agosto de 1903, con el objeto de dar cuenta del delirio homosexual: la voz en primera persona se apropió del texto científico, parodiándolo, en un juego de erosión interior que llegó a desplazar la voz del hombre de ciencia.

El libro de Salessi cita una enorme cantidad de fuentes primarias y secundarias entre las que ha investigado y mantiene un riguroso control crítico. La publicación en la serie “Estudios Culturales” resume los presupuestos del enfoque: ninguna especificidad de lo literario, estudio de textos diversos en el conjunto de los discursos sociales. El libro combina un punto de vista militante, que asume explícitamente el posicionamiento del yo crítico respecto de su objeto de estudio (el de “las mujeres y los hombres que no nos ajustamos a las normas genéricas y sexuales tradicionales”) con un altísimo grado de rigurosidad intelectual.

Geraldine Rogers